

LA MISIÓN DE LOS PADRES COMO PRIMEROS CATEQUISTAS DE SUS HIJOS

JUAN ANTONIO APARICIO SESMERO – GEMMA LÓPEZ LANCHO

LOS NIÑOS APRENDEN LO QUE VIVEN

*Si los niños son educados entre reproches, aprenden a condenar.
Si son educados con hostilidad, aprenden a ser agresivos.*

*Si viven con miedo, aprenden a ser aprensivos.
Si son tratados con lástima, aprenden a autocompadecerse.*

*Si son puestos en ridículo, aprenden a ser tímidos.
Si viven en competencia, no aprenden a compartir.*

*Si son regañados por sus errores, aprenden a sentirse culpables.
Si viven carentes de estímulo, aprenden a no confiar en sí mismos.*

*Si no conocen el reconocimiento, no aprenden a valorar a los demás.
Si son educados sin aprobación, aprenden a buscar relaciones tóxicas.*

*Si viven entre mentiras, no aprenden el valor de la verdad.
Si son tratados sin amabilidad, nunca aprenden a respetar a los otros.*

*Si los niños crecen en un entorno de seguridad, aprenden a no temerle al futuro.
Si viven sus años más tempranos rodeados de amor sincero, aprenden que el mundo es un maravilloso lugar dónde vivir.*

(Dorothy Law Nolte)

*“Acostumbra al muchacho al buen camino:
cuando envejezca no se apartará de él”*

(Proverbios 22,6)

I. UNA MIRADA REALISTA A LA SITUACIÓN RELIGIOSA ACTUAL DE LA FAMILIA

La familia no transmite con facilidad los valores

Aunque vivimos en tiempos de libertad religiosa, nos cuesta transmitir la fe a nuestros hijos. Si lo más importante que nos ha sucedido en nuestra vida es tener un encuentro personal con Jesucristo, ¿por qué no anunciarlo? ¿A qué

tenemos miedo? Si es al qué dirán, ¿no somos ya mayorcitos para liberarnos del juicio de los demás?

Sólo hay que contarles a nuestros hijos las cosas que Dios ha hecho con nosotros, aquellos momentos de nuestra vida que lo hemos sentido muy cerca porque estábamos pasando un momento difícil, o por el contrario, porque era un momento muy especial como el nacimiento de un hijo. Tanto para lo bueno como para lo malo, Dios se nos hace presente, acompañándonos en todo momento de nuestras vidas.

En una sociedad secularizada – convertida al materialismo –, donde los valores cristianos han dejado de ser un espejo donde mirarse y los valores más cotizados son el *tener* más que el otro, el *poder* sobre el otro, los *intereses propios* sobre los comunes, Dios y el evangelio de Jesús aparecen como *la gran alternativa*. Los “antivalores” vigentes en la sociedad contemporánea hacen difícil la tarea de transmitir en la familia una herencia cristiana. Se nos antoja más fácil hacer lo que nos dicen los medios de comunicación como la televisión, radio, etc., que se han convertido en verdaderos “mesías” de una sociedad amiga del bienestar y del consumo. Desde estos medios nos bombardean con una propaganda donde encontrar algún resquicio de cristianismo se hace una tarea casi utópica.

Debilidad de las instituciones educativas

Hoy por hoy, en las escuelas la religión se estudia opcionalmente y es una asignatura que va a ayudarles en su vida. Creer en Dios nos invita a preguntarnos si estamos felices con lo que nos rodea, si somos justos con nuestros semejantes, si somos agradecidos con nuestros padres, si podemos dar lo mejor de nosotros mismos... Las enseñanzas de Jesucristo también comprometen a ser buenos ciudadanos, pues nos invitan a tratar al prójimo como a nosotros mismos.

Durante estos últimos años, el sistema educativo atiende más la formación intelectual de nuestros hijos – utilizando nuevos y mejores métodos de enseñanza impartidos por docentes cualificados – que la transmisión de valores humanos y cristianos. La instrucción prevalece sobre la educación. Esta debilidad del sistema educativo actual es un reflejo de una sociedad alejada de los grandes valores que busca únicamente el conocimiento, dejando aparte el cultivo del espíritu por no ser algo tangible y concreto.

La fe, progresivamente debilitada por el secularismo

No podemos dejar las cosas de Dios en otras manos que no sean las de los propios padres, como no dejamos la responsabilidad de educar a nuestros hijos a personas inexpertas. Los hijos son el bien que más queremos y con ellos no cabe ni la improvisación ni la experimentación. Por eso en una

sociedad secularizada debemos – desde el núcleo familiar – reforzar la fe en la familia. Nuestra familia debe ser como un surtidor que abastece y un escudo protector de la fe de todos sus miembros.

El servicio mayor de los padres – primeros valedores de la fe de nuestros hijos – es el testimonio diario de vida que va señalando certezas, y el amor cotidiano y permanente que ofrece seguridad.

La debilitación social de la familia ha ido acompañada de una flojedad interna de la misma fe cristiana, que, seguramente, también ha tenido su incidencia en la disolución de las relaciones familiares. No siempre hemos acertado a la hora de vivir, comprender y proponer nuestra fe cristiana. Es muy posible que aquí se halle una de las causas principales del amortiguamiento de lo religioso y, por consiguiente, de las grandes dificultades que experimentamos en la transmisión de la fe a nuestros hijos. En concreto:

- Por desgracia, *no hay sitio para Dios* en nuestra vida diaria, porque lo religioso ha pasado muy a segundo plano.
 - Curiosamente, *hay demasiado lugar para la, desconfianza, la duda y la indecisión.*
 - *No cuidamos nuestra fe.* Sin la oración y la formación permanente, la fe se apaga y pierde fuerza. La vida religiosa personal y familiar se mueve en una línea más próxima a la indiferencia que al convencimiento sincero.
 - *Nuestro compromiso con la fe es muy frágil. Estamos bautizados, pero no somos personas convertidas.* Muchos dicen que creen, pero su vida no discurre por el camino de la conversión.
- ¿Sois felices en vuestra vida actual?
 - ¿Rís con frecuencia? Si tenéis hijos, gracias a ellos sonreiréis – sobre todo si son pequeños –, pero si son adolescentes, se suman las preguntas. ¿En qué nos habremos confundido?
 - ¿Por qué nuestros hijos piensan y viven de modo diferente a como nosotros desearíamos?

A veces, pretendemos cambiar nuestra vida – o la de los hijos –, sin aceptar las enseñanzas de la Iglesia, sin tener que dedicar tiempo a la propia formación, sin apuntarse a ningún grupo, sin romper con nada de lo que ya constituye una segunda piel.

La piedra angular de la familia son los esposos. Si se preocupan por su fe respondiendo con decisión y serenidad a la influencia del secularismo, saldrá fortalecida la misma relación conyugal, y la visión de una realidad social cada vez más compleja y contradictoria, siempre se hará desde una mirada providencial de esperanza.

II. LA FAMILIA, CAUCE PRIVILEGIADO PARA LA TRANSMISIÓN DE LA FE

Si realmente es importante la educación de los hijos en la fe católica, algo habrá que decirles de nuestra fe. Dar razón de nuestro modo de vida, aprovechar cualquier momento para una interpretación cristiana de los acontecimientos, cuando llega la noche – particularmente si los hijos son pequeños – contar o comentar una parábola o una página evangélica antes de acostarse, rezar con nuestros hijos...

La catequesis familiar, corazón de la nueva evangelización

Cualquier momento es bueno para evangelizar a nuestros hijos. Los niños – acaba de demostrar una investigación realizada en la Universidad de Comillas – son muy permeables a lo religioso. No se puede esperar – por una discutible interpretación del respeto a la libertad – a que sean mayores y puedan elegir ellos mismos. Quizá entonces sea demasiado tarde porque *otros educadores* les han hecho una propuesta distinta de vida. No se trata de repetir constantemente mensajes religiosos, basta con tratar de vivir la fe y que nuestros hijos lo vean.

¿Cómo anunciar la fe?

Ya sabemos que la fe no es el resultado de un proceso intelectual y, por tanto, nadie puede llegar a creer por haber leído una torre de libros. Es Dios quien otorga libremente la fe. Hablamos, sin embargo, de transmitir la fe porque Dios se sirve de instrumentos o mediaciones humanos. La transmisión de la fe a los hijos debe ser algo natural. Nuestros hijos tienen que considerar la fe como el aire que se respira espontáneamente en el seno de su familia. Hablar de Dios y hablar con Dios debe ser una actividad familiar más.

Los padres son los primeros y principales educadores de la fe de sus hijos

Si tratamos de enseñarles muchas cosas para que sean autónomos, adquieran hábitos de higiene, aprendan a relacionarse con los demás, conozcan los peligros de introducir los dedos en un enchufe eléctrico... ¿por qué no iniciar desde pequeños la transmisión de la fe a través de juegos, canciones, lecturas?... Y, si son ya mayores, ¿por qué no introducir alguna vez el tema religioso en nuestras conversaciones de sobremesa? El argumento que mejor entiende y más le convence a un joven no es el discurso verbal sino los gestos de comprensión, de escucha, de perdón.

La familia, Iglesia doméstica

El núcleo familiar ha de convertirse en una pequeña Iglesia donde todos los miembros se sientan unidos como hermanos en la fe. Compartiendo dudas e ilusiones, conversando acerca de nuestras inquietudes, en una palabra haciendo familia y reconociendo la presencia de Dios en medio de nosotros.

Clima humano y testimonio de la fe vivida

¿Qué cosas ha hecho Dios en nuestra vida personal y conyugal? ¿Cómo las valoramos? ¿Se las contamos a nuestros hijos? ¿Habéis sentido la fuerza y la cercanía de Dios en momentos especialmente difíciles? A veces, los mejores capítulos de nuestra historia como matrimonio o como familia, no se los hemos contado nunca a los hijos. ¿No merecen conocer los relatos más densos de nuestra aventura familiar? La comunicación de estas confidencias puede abrir las puertas de la confianza de nuestros hijos. Ese Dios vivo en quien creemos, ha tenido con nuestra familia detalles de amor y de misericordia que deben conocer los hijos. En la Biblia, los relatos de la acción de Dios con su pueblo, se transmitían de boca en boca, de familia a familia, de generación a generación.

Iniciación en la oración y los sacramentos

Si la alimentación diaria y compensada es importante, no lo es menos un momento de reflexión que nos permita liberarnos del mundo de prisas y stress que nos rodea.

- ¿Rezamos diariamente?
- ¿Comentamos con nuestros hijos el significado de la fe en nuestra vida?
- ¿Qué atención prestamos a los sacramentos? Si nuestra vida cuenta con estos puntos de anclaje, es muy difícil que seamos vapuleados por los intereses del mundo que nos rodea.

Colaboración escuela y parroquia

La familia, la escuela y la parroquia deben formar un trípode de apoyo que establezca las bases de una sólida vida cristiana. Estos tres pilares de la formación de nuestros hijos deben estar bien equilibrados y tener presente que se trata de aunar conocimientos, sentimientos y experiencias. Conocer, amar y practicar.

Sin la colaboración de la escuela y de la parroquia, el esfuerzo de transmisión de la fe en la familia sería una isla en un inmenso océano. La religión tiene un aspecto social que no se puede descuidar y es que nuestros hijos se sientan creyentes con otros creyentes. El asociacionismo infantil y juvenil favorece la socialización de lo religioso; por eso es importante la integración en grupos parroquiales o escolares donde se pueda compartir la experiencia religiosa.

Compromiso de la familia como agente de evangelización

Que las instituciones educativas tengan hoy menor fuerza de persuasión o que la parroquia de pertenencia no tenga un movimiento infantil o juvenil organizado nunca puede ser un pretexto para excusarse de la responsabilidad de los padres como agentes evangelizadores. Dicen que cuando le anunciaron al Presidente John F. Kennedy que el Senado estadounidense había prohibido

rezar en las escuelas, respondió: Quiere decir que tenemos que rezar más en la familia.

La familia debe ser como un prisma que irradia la luz de la fe en su entorno. Evangelizar es la misión de todos los cristianos, cada uno en su propio ambiente. El campo de misión de los padres es, indudablemente, la familia. Y además de los padres, cada uno de los miembros a su medida y de acuerdo a su edad y posibilidades. La fe es antorcha que ilumina al portador y, al mismo tiempo, ilumina el camino a los demás. .

Por qué es importante acercar nuestros hijos a Dios

Porque es una obligación contraída en el bautismo y no podemos renunciar a ser los primeros catequistas y los más creíbles. Si la familia es un catecismo vivo, es probable que se vayan asentando en los hijos unas convicciones religiosas que se van a reafirmar al paso de los años.

No hay que olvidar que los padres y madres son el espejo donde se ven los hijos; por tanto – querámoslo o no –, siempre somos una referencia para ellos. Si nosotros no vamos a misa, ellos no irán a misa. Si nosotros no rezamos en casa, ellos no rezarán. Si no ven la importancia de la oración en nuestra vida como un encuentro personal con Dios, ellos nunca lo entenderán.

¿Cuándo empezar?

La respuesta es clara: desde el momento que comenzamos el ejercicio de la educación. Es decir, desde pequeños, con oraciones breves en familia, bendiciendo los alimentos antes de comer, un momento de oración antes de ir a la cama, procurar participar en la Eucaristía de niños los domingos, hablar de todo lo que hace Dios en nuestra vida y de la importancia de la fe, recordar y celebrar de alguna manera fechas señaladas relacionadas con fiestas de la Virgen... Hay unos tiempos propicios para la catequesis doméstica: la Navidad y la instalación del Belén, la Semana Santa, el santo de cada miembro de la familia, dar gracias a Dios por el regalo de ese hijo, del padre, de la madre... Sin olvidar que la visita de la muerte a nuestra familia es una ocasión privilegiada para hablar de una de las asignaturas que no aparece en ningún programa. Ha muerto el abuelo, ¿qué significa la muerte?, ¿por qué se mueren los seres que queremos?, ¿cómo entendemos los cristianos la muerte?

¿Por qué es importante la fe?

La fe ayuda al cristiano a enfrentarse día a día a sus circunstancias con alegría y esperanza, ya que gracias a la fe en Jesucristo, todo lo que puede significar contratiempo o problema de no fácil solución, se ve con otros ojos. La imagen de la mirada la utiliza san Agustín: La fe tiene también ojos, y unos ojos más grandes, más sensibles y más resistentes que los del cuerpo (*Comentarios a los Salmos* 145, 19). Creer es tener la seguridad de estar en manos de Dios y equivale a la confianza del pequeño que descansa en el regazo de su madre o de su padre.

Dios no es un ser lejano y distante. Dios está con nosotros a diario, minuto a minuto, nos conoce, sabe de nosotros, se interesa por nuestras cosas porque somos sus hijos. ¿Qué hijo no habla con sus padres a diario? ¿Qué queremos transmitir a nuestros hijos? ¿Realmente queremos que nuestros hijos lleguen a tener un encuentro personal con Dios?

¿Qué os parece aprovechar el tiempo en que nuestros hijos están en la catequesis?

También los padres podemos utilizar el libro de catequesis y comentar con ellos los temas que tratan en la parroquia o el colegio. En definitiva, que la familia sea otro escenario catequético. Lo mismo si hablamos de la preparación para la primera comunión, para la confirmación o para el matrimonio de un hermano mayor... También es importante conocer y hablar con los padres de los compañeros de catequesis de nuestros hijos.

III. TRANSMITIR LA FE

Aunque se piense que la fe es un asunto individual – es cierto que debe apoyarse en una experiencia personal y no ser únicamente una costumbre heredada –, no debemos olvidar que la fe en Jesucristo va unida a la pertenencia a la Iglesia que garantiza la verdad de nuestra fe, de acuerdo con la revelación divina. De lo contrario podríamos caer en el subjetivismo, confundiendo nuestra buena voluntad, nuestras opiniones sobre el bien y el mal, con lo que auténticamente Dios nos ha revelado en Cristo y transmitido a través de su Iglesia. El bautismo y la fe no sólo nos introducen en una comunidad que es la Iglesia, sino que también nos integran en una tradición compartida por los creyentes de otros tiempos. Sería muy difícil creer en Dios, sin escuchar su Palabra, ignorando el eco de esa misma Palabra en otros creyentes o sin preocuparnos de la interpretación de esa Palabra por el Papa, los obispos... Aquellos que al hablar no dicen lo que creen – advierte san Agustín – no creen perfectamente (*Comentarios a los Salmos 115, 2*).

Al igual que estamos pendientes de nuestros hijos en todo momento para que vayan limpios y aseados, que sean responsables y aprendan a ser independientes y respetuosos con los demás, también es responsabilidad de los padres adquirir una formación cristiana que favorezca el crecimiento de la fe en sus hijos. Pretender que los hijos sean cristianos sin hablarles de la Iglesia, la Biblia, los sacramentos es como querer enseñarlos a leer sin mostrales las vocales. San Agustín hace una sabia advertencia: De la misma manera que eliges con cuidado lo que has de comer, debes elegir con cuidado lo que has de enseñar. Lo que tú enseñas es el alimento de quien te escucha (*Comentarios a los Salmos 51,10*).

Nos enfrentamos a un gran reto dentro de nuestra sociedad porque para transmitir una fe viva, hace falta que los padres testimonien de forma clara esta fe. Pensar que los hijos crecen y se forman por sí mismos – sin influjo ninguno del exterior – es un error pedagógico de fatales consecuencias. Educar en la fe

es promover la libertad y el gozo de que todos somos amados por Dios y reconocidos por él como hijos muy queridos.

La fe se transmite porque es como un río que no se puede embalsar porque sus aguas tienen vocación de viajar hacia el mar. No es patrimonio del ser humano – nadie puede inventar ni darse a sí mismo la fe – , sino que viene de Dios. Dios ha amado tanto a la humanidad, que envió a su hijo Jesucristo para que acampara y conviviera con nosotros. Esta es la buena noticia del Evangelio: que Jesús es *Dios con nosotros* y nos quiere felices.

¿Por qué es importante?

Si somos de verdad cristianos, creemos; y si no creemos, no fingamos ser cristianos (*Comentarios a los Salmos* 33, 2, 5). Así de claro lo dice san Agustín. La fe nos invita a la reflexión sincera frente a Dios. Por eso la importancia del encuentro personal, que es tan necesario como el abrazo diario de los esposos o el beso a los hijos. Podemos decir que la fe es un suplemento de fortaleza que necesitamos para hacer frente al combate de la vida. No todos los problemas tienen solución – por lo menos la solución prevista y deseada por nosotros –, pero todos pueden contribuir a nuestro crecimiento espiritual. “La tribulación es un fuego que si te encuentra siendo oro te quita la maleza y si te encuentra siendo paja, te reduce a cenizas” (*Sermón* 81, 7).

Queremos hijos, fuertes, sanos y alegres, pero la vida no es fácil. ¿Puede existir mejor arma que el yelmo de la fe? Pero la fe no es la varita mágica que soluciona los problemas, sino un camino para buscar la solución o para adoptar la actitud más positiva ante la contrariedad.

Una de las causas de la crisis espiritual es, sin duda, la falta de fe, y a la fe se llega por la oración y la escucha de la palabra de Dios. De ahí la importancia de los sacramentos – especialmente la Eucaristía –, la lectura de la Biblia, la reflexión serena buscando a Dios entre líneas.

La fe – o el sentido religioso de la vida – es la mejor herencia que podemos dejar a nuestros hijos. Como padres, difícilmente podemos transmitir la fe si no ponemos a Dios en el lugar que le corresponde en nuestra vida. Para ello sugerimos:

- Tratar de vivir el matrimonio como lo que es, un *sacramento*. Es decir, *un signo del amor de Dios*. Si se debilita la unidad del matrimonio se rompe y se resquebraja la familia.
- Si se falta al respeto a un miembro de la familia, se falta al respeto al resto de los miembros. Olvidamos que si sufre un miembro, sufre todo el cuerpo
- Los niños no son propiedad privada y son dignos de respeto a cualquier edad. No son arcilla que nosotros tenemos que modelar, sino obras originales de Dios que tenemos que respetar y ayudarles a que desplieguen todas sus posibilidades.
- No se lleva a los hijos a la Iglesia para instrumentalizar su formación moral y lograr que sean dóciles y obedientes a nuestras indicaciones. El

único maestro es Jesucristo y nuestro empeño no puede ser otro que – ayudados por la gracia de Dios – lleguen a ser adultos plenos.

- Amando y viviendo nuestra fe como padres y tratando de ser ejemplo para nuestros hijos, contribuiremos a construir en nuestros hijos la Iglesia del futuro.
- Los esposos debemos seguir el ejemplo de María, como educadora, – primera seguidora de Jesús – madre sencilla y humilde, y, a la vez, fuerte y valiente.

IV. LA FAMILIA

Es la célula básica de nuestra sociedad y hoy se abre a una diversidad de modelos que rompe con la tradición del pasado. No son mejores ni peores, simplemente diferentes. La Iglesia nos invita a hacer una reflexión sobre estos tiempos que corremos, en los que la familia sufre las convulsiones de un entorno plural y, en algunos casos, desestructurado.

- ¿Cómo vemos la salud actual de la familia?
- ¿Por qué es tan alto el porcentaje de familias rotas?
- ¿Qué actitudes van laminando el amor que se debía cuidar cada día?
- ¿Qué hace insostenible la convivencia?

En tiempos ya lejanos, los matrimonios eran acordados por pactos familiares al margen de los sentimientos de los contrayentes. Por eso hay quienes – de forma irónica – dicen que la palabra “novio” significa no vio, porque, en verdad, los contrayentes no se veían hasta el día de la boda. Pero hoy – salvo costumbres ancestrales todavía presentes en culturas muy concretas –, esto no es así. ¿Que es lo que “no vimos” de nuestra futura pareja en este tiempo de noviazgo, que luego resulta tan insoportable? ¿Qué nos ciega? ¿Qué cambia? Posiblemente faltó un tiempo de reflexión porque todo en nuestro novio o novia era absolutamente perfecto. Cuándo nos encontrábamos con nuestra amada o amado, surgían *mariposas en el estómago* y la visión del otro era fruto de la idealización. En el preludeo del matrimonio – quizá de forma inconsciente – no nos mostramos como realmente somos.

Hay parejas, que dan gracias a Dios por la persona que tienen a su lado; perder a esa persona sería lo más grave que les pudiera suceder porque en esa relación de pareja se han encontrado a sí mismos. Piensan en la perfecta sintonía de los dos al fijar metas comunes: tener hijos, criarlos en el mejor ambiente familiar, educarlos en su independencia, apoyarlos hasta que abandonen el hogar, porque los hijos un día vuelan. Viajar juntos, envejecer juntos cuidándose mutuamente en la salud y en la enfermedad, regalarse a diario el perdón, la comprensión y la ternura. ¿Es posible este proyecto? Claro que sí y – en muchos casos – responde al sentido religioso del matrimonio, a la búsqueda permanente de Dios en la pareja

Hay otros tipos de familia en las que sólo está al frente de la educación uno de los progenitores, el padre o la madre con los hijos. Uno de los cónyuges – por el hecho de la viudedad, la adopción o el abandono de uno de los progenitores – se encuentra en situación de soledad y tiene que asumir de

modo exclusivo la tarea de la educación. Son casos dignos de elogio y admiración.

Una situación nueva: la honda crisis de la familia y de la fe

Con demasiada frecuencia nos encontramos con padres y madres de familia que se quejan porque sus hijos no valoran la fe cristiana, la ignoran o incluso la contradicen de palabra y de obra. Esos padres, muchas veces se sienten culpables de no haber sido capaces de transmitir a los hijos las convicciones cristianas, que ellos aprecian tanto, aunque – a veces – tampoco las vivan con suficiente coherencia. No basta el examen de conciencia personal, que también habrá que hacer. La situación que vivimos es realmente muy nueva. No podemos seguir suponiendo que la experiencia cristiana se vive y se trasmite hoy exactamente igual que ayer y que los problemas de la educación en la fe se deben sólo a la tibieza o a la merma de responsabilidad de los padres o de los educadores. Aún con defectos y errores, en tiempos no demasiado lejanos la fe se transmitía de una generación a otra con cierta naturalidad. Hoy, en cambio, la transmisión generacional de la fe se ha roto o está en peligro.

Las familias viven actualmente en un mundo cambiado y cambiante que las ha descolocado en su función de presentar a los hijos los valores religiosos y aquellos otros que les permitan integrarse positivamente en la convivencia social. Al mismo tiempo, la fe cristiana ha sufrido – en todos los niveles institucionales y personales –, el impacto de la secularización y del secularismo que la ha debilitado notablemente.

La familia no transmite con facilidad los valores

Se ha repetido mucho que la familia no tiene ya la fuerza educadora que tuvo en el pasado. Cuesta transmitir la fe, pero sucede lo mismo con los principios éticos elementales o las normas que, convencionalmente, llamamos de urbanidad. Un hijo se resiste a ir a misa el domingo y también lo hace a no poner los pies sobre la mesa mientras ve la televisión.

Algunos especialistas hablan de que se ha ido gestando un nuevo tipo de relaciones familiares que da lugar a lo que se llama la *familia club*, distinta de la familia tradicional que se caracterizaba por la articulación sólida entre la continuidad de las relaciones personales – apoyada en estructuras sociales e institucionales – y la solidaridad afectiva entre los miembros del grupo familiar. Lo propio de la familia era precisamente constituir un ámbito en el que las personas podían encontrar apoyos sociales para sus relaciones afectivas y, a la inversa, estas relaciones contribuían a vitalizar y consolidar la institución social que les daba estabilidad y continuidad. He ahí el lugar antropológico de realidades tales como la monogamia, la indisolubilidad del contrato matrimonial o, en otro orden de cosas, de las costumbres y ritos sociales ligados al noviazgo, la educación de los hijos, etc.

En cambio, la llamada *familia fusional* se basa en la primacía casi absoluta de los intereses afectivos: la familia tiende a parecerse cada vez más

a un grupo de amistad en el que prima la mera simpatía o el sentimiento amoroso. Esta primacía sucede a costa de lo institucional y de la continuidad y estabilidad social de las relaciones familiares, que se hacen muy sensibles a los sentimientos y, por tanto, mucho más cambiantes e inestables. Porque una cosa es el mero sentimiento y otra realidades complejas y profundas como el amor y la fidelidad.

Al mismo tiempo, se desarrollan las relaciones llamadas de *familia club*, que tienden a asemejarse a los grupos en los que se asocian quienes comparten unos determinados gustos o intereses. La familia tradicional se basa, ante todo, en la reproducción de la vida y en las relaciones conyugales, paternofiliales y de parentesco. En cambio, la familia club descansa sobre una evaluación de tipo económico acerca de las ventajas y de los inconvenientes que reporta o puede reportar la vida en común con determinadas personas, como serían los padres o los hijos, o la segunda esposa del padre de mi medio hermano..., por caricaturizar de una manera gráfica determinadas situaciones cada vez más comunes. Se trata, pues, de relaciones que tienden a ser tan móviles e inestables como suelen ser las relaciones comerciales o de intereses de diverso tipo entre individuos más o menos autónomos.

Si la familia educa y socializa como ninguna otra institución, es precisamente en virtud de su peculiar capacidad de articular armónicamente lo más personal con lo institucional, dando estabilidad y continuidad a las relaciones entre las personas y las generaciones en un hogar. Ahora bien, si las relaciones familiares se debilitan y se disuelven – haciéndose cada vez más parecidas a las de un grupo de amigos o las de un club social –, su fuerza personalizadora tenderá también a desaparecer.

V. LA FAMILIA, CAUCE PRIVILEGIADO PARA LA TRANSMISIÓN DE LA FE

¿Se transmite la fe?

Está bastante extendida la idea de que la fe es un asunto estrictamente individual. Pretender que los hijos sean cristianos sería, según este modo de pensar, un atentado contra su libertad personal. Sin embargo, tanto la antropología general como la experiencia de la tradición cristiana, nos dicen que, en realidad, se trata de una ilusión que nada tiene que ver con la auténtica educación en la libertad.

En efecto, no es nada realista pensar que la libertad de los hijos crece por sí misma, sin influjo ninguno del exterior, y que los seres humanos se forman ellos solos. La libertad no se desarrolla en solitario, sino en relación con los demás. De modo que la libertad personal queda siempre marcada por lo que uno recibe de su entorno – para bien y para mal –, muy en particular en las relaciones familiares. El niño que nace en un ambiente donde sus padres tienen una formación cultural notable y ve que en su casa hay una biblioteca con libros, es probable – aunque nunca se puede hablar de resultados automáticos – que se aficione a la lectura y tenga una mayor predisposición para el estudio.

La educación en la fe es adhesión libre de la persona a la gracia de Dios. Educar en la fe es – más que cualquier otra cosa –, propiciar el reconocimiento personal y gozoso de que hemos sido elegidos por Dios y llamados por él a ser hijos suyos queridos. La fe se transmite si se educa, se cultiva y se ora. San Agustín insiste en la relación entre oración y fe: Debemos creer para orar; y debemos orar para no perder la fe con la que oramos. La fe es la fuente: la oración el arroyo. El arroyo no corre si la fuente está seca, pero mientras corre el arroyo, más agua mana la fuente, más firme está la fe (Sermón 115, 1). Necesita un clima familiar y una formación o, lo que es lo mismo, transmitir un mensaje que la Iglesia nos ha transmitido a través del magisterio. Nadie puede inventar la fe. Es cierto que la fe es libre, pero, al mismo tiempo, es recibida.

La familia, Iglesia doméstica

La familia es la única comunidad de personas en la que cada una es aceptada y querida por lo que es y no por lo que *tiene*.

El matrimonio se ha convertido en uno de los sacramentos de la gracia de Dios. Sobre esta base se constituye la familia y es mediación eficaz del amor de Dios a toda la humanidad y – en particular –, para el esposo y la esposa, así como para los hijos.

Las relaciones familiares – por las que los cónyuges y los hijos se aman tan generosa y gratuitamente que se quieren y acogen por lo que son y no por lo que tienen o por lo que hacen –, constituyen un modo específico de participar en la vida del mismo Dios.

A partir de estos presupuestos, difícilmente se puede imaginar un lugar mejor que la familia para el crecimiento en la fe de todos sus miembros y, en particular, para la iniciación y educación de los hijos en la vida cristiana. En efecto, de esta unión conyugal procede la familia, en la que nacen los nuevos miembros de la sociedad humana. Los hijos de la carne – por la gracia del Espíritu Santo –, se convierten por el bautismo también en hijos de Dios para perpetuar el Pueblo de Dios.

En esta Iglesia doméstica, los padres han de ser para sus hijos los primeros anunciadores de la fe con su palabra y con su ejemplo, y han de favorecer la vocación personal de cada uno. Sin olvidar la vocación de consagrados. Hay padres capaces de pedir a Dios vocaciones religiosas, pero a condición de que no sea un hijo o una hija suya los llamados.

Una misión obligada y gozosa: fe y apostolado

Si la fe es vivida de forma auténtica, es fuente de esperanza y de amor y el creyente se siente impulsado a hacer partícipe a los demás de su tesoro. Es el aspecto misionero de la fe. De aquí arranca la obligación moral que los creyentes tenemos de comunicar nuestra fe a los demás. Si esto es válido para todos, de manera particular para los padres. Lo que llamamos apostolado no es otra cosa que la fidelidad consecuente a la fe que tiende a propagarse. No hay fe auténtica que se quiera quedar en casa, en la intimidad de la persona. La fe se fortalece al comunicarla.

VI. CAMINOS PRÁCTICOS

La reflexión que hemos hecho acerca de la difícil situación en la que se encuentran muchas familias para vivir y transmitir la fe a las nuevas generaciones, nos ha permitido percatarnos algo mejor del papel insustituible de la familia como cauce de evangelización. Ahora queremos ofrecer algunas sugerencias concretas para ayudarlos a llevar a la práctica esa misión propia de la familia.

Creación de un clima humano por el testimonio de la fe vivida

La familia no es una academia ni un centro de catequesis. Es mucho más que eso, pues constituye el hogar del existir humano. De ahí que el clima y el modo de vida sean determinantes en las relaciones familiares. Ese clima, guiado y bañado por la fe, es lo primero que se ha de cuidar:

Los padres no han de situarse ante sus hijos principalmente como maestros o como catequistas, sino sencillamente como padres. Sus medios de enseñanza no son esquemas ni libros. Lo que han de saber comunicar es, ante todo, sus propios valores y creencias, sus convicciones y actitudes, el testimonio de una conducta coherente de una fe sin fisuras. Han de hacerlo de modo reflexivo y explícito, en las ocasiones que ofrece la vida rutinaria.

El clima de fe no existirá si los padres cristianos no aciertan a dejar a Dios el lugar que le corresponde en sus vidas. Se trata simplemente de vivir las relaciones conyugales como lo que son: signo e instrumento del perdón, del amor y de la ternura de Dios. Es decir, que se trata de vivir sin alharacas, pero también sin complejos, la gracia del sacramento del matrimonio. De ahí brotará, igual que el agua de la fuente, el ambiente humano y cristiano que formará como la atmósfera respirada por todos en la familia, en particular por los hijos.

- ¿En qué clima os gustaría que vivieran vuestros hijos?
- ¿Y qué estáis dispuestos hacer por ellos?
- ¿Qué acciones familiares podrían favorecer una atmósfera cristiana en vuestra familia?

La iniciación a la oración y a los sacramentos

La presencia divina que se acoge en la fe, ha de ser interiorizada y expresada. Iniciar en la oración es ayudar al niño a entablar un diálogo personal con Dios, su Padre, que tanto le quiere. Las fórmulas son muchas y todas válidas. El rosario en familia fue una práctica que alimentó la fe de muchas personas. Existen otras formas de oración vocal y de oración silenciosa. Es importante orar desde el corazón, a través de gestos, de palabras y de silencios. Por lo tanto, al orar podemos gritar a Dios o bien con la voz exterior (cuando lo requieran las circunstancias) o, incluso, permanecer en silencio, siempre que, cuando oremos, gritemos con el corazón” (*Comentarios a los Salmos* 118,2 9,1). Son palabras de san Agustín.

Catequesis formal y ocasional, con toda su novedad y sus exigencias

Juan Pablo II decía que la catequesis familiar "*precede, acompaña y enriquece toda otra forma de catequesis*", porque la posibilita eficazmente, cuando la familia acompaña el despertar religioso de los más pequeños. Quizá falte esta catequesis ocasional – o se descuide fácilmente – por causa del activismo de los padres que no les permite "perder" un momento con los hijos, cuando la oportunidad es propicia o porque eso transtorna sus planes.

El estímulo para el compromiso cristiano

La moral cristiana no es una moral de mínimos, centrada sólo en evitar el mal; es una moral de máximos. Educar en la fe y en la moral cristiana es preparar para el choque – en determinados ambientes –, de los valores evangélicos con los valores imperantes en nuestra sociedad. Pero son esos valores – mejor dicho, su fuente, Jesucristo –, quienes salvan a las personas y humanizan la sociedad. La moral cristiana no es otra cosa que la fe vivida. Estimular el modo de vida cristiano es transmitir la fe. ¿Quién lo puede hacer mejor que la familia?

La colaboración con la parroquia y con la escuela

La familia tiene su propia autonomía y los padres no pueden delegar en nadie su responsabilidad de padres y de primeros educadores de sus hijos. Pero la familia no es capaz ella sola de todo. Es Iglesia doméstica, pero no es ella sola la Iglesia Católica. Es escuela familiar, pero no una institución académica. La familia necesita aunar sus esfuerzos con la Iglesia y con la escuela para que su misión pueda realizarse bien. El acompañamiento de los padres puede ser aquí decisivo a la hora de alentar a los hijos que sufren la influencia negativa de medios indiferentes, descreídos u hostiles a la fe.

CONCLUSIÓN

Si amáis vuestra fe, vosotros y vuestros hijos tenéis futuro. Vosotros, si queréis, podéis cambiar vuestro mundo con la fuerza del Evangelio. No nos faltará la guía y el apoyo de Dios que – en palabras de Benedicto XVI – nos dejó en la Sagrada Familia un modelo perfecto de vida familiar vivida en la fe y la obediencia a la voluntad divina. "*Socórrenos en nuestra misión de transmitir la fe a nuestros hijos. Abre tu corazón para que crezca en ello la semilla de la fe que recibieron en el bautismo. Fortalece la fe de nuestros jóvenes, para que crezcan en el conocimiento de Jesús. Aumenta el amor y la fidelidad en todos los matrimonios, especialmente aquellos que pasan por momentos de sufrimiento o dificultad*".